

AL FARO

VIRGINIA WOOLF

AL FARO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *To the Lighthouse*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Traducción de Carmen Martín Gaité

Primera edición: junio de 2022

© de la presente edición: Edhasa, 1980, 2022
Diputación, 262, 2º, 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-2256-9

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 7299-2022

Impreso en España

I. LA VENTANA

1

—Desde luego, si hace bueno mañana, desde luego —dijo la señora Ramsay—. Pero habría que levantarse con el alba —añadió.

A su hijo estas palabras le causaron un gozo extraordinario, como si asegurase que la excursión se llevaría a cabo sin falta y que tan sólo mediaban, pues, una noche oscura y una jornada de mar para poder alcanzar al fin aquel prodigio con el que le parecía haber estado soñando durante toda la vida. Comoquiera que perteneciese —ya a los seis años— a esa raza de seres que no logran mantener sus sentimientos separados uno de otro, sino que dejan que las alegrías y penas del porvenir proyecten su sombra sobre el presente, y como para esta clase de gente, desde la más tierna infancia, cualquier quiebro en la rueda de las sensaciones tiene el poder de cristalizar y transfigurar el instante sobre el que descansa su huella sombría o luminosa, James Ramsay, mientras oía hablar a su madre, sentado en el suelo, sin dejar de recortar figuras del catá-

logo ilustrado de las «Army and Navy Stores», veía un halo jubiloso en torno a la nevera que estaba recortando. Le parecía una imagen dotada de magia divina. La carretilla, la segadora de césped, el rumor de los chopos, el blanquear de las hojas antes de la lluvia, el graznido de los grajos, el roce de las escobas, el crujido de las ropas, todo se destacaba en su mente tan neto e iluminado que ya estaba en posesión de su código particular, de su lenguaje secreto, aunque él presentase un aspecto de rigurosa e insobornable severidad, con aquella frente despejada y la bravía mirada azul, de un candor y pureza sin tacha, levemente fruncido el ceño ante el espectáculo de las flaquezas humanas, hasta tal punto que su madre, mientras lo miraba contornear diestramente con las tijeras la silueta de la nevera, se lo imaginaba como un magistrado vestido de púrpura y armiño en un tribunal o al frente de una ardua y trascendental empresa, en algún trance crítico para los negocios públicos.

—Pero no hará bueno —dijo el padre, parándose delante de la ventana del salón.

Si en aquel momento James hubiera tenido a mano un hacha, un atizador del fuego o cualquier otro tipo de herramienta capaz de acertarle a su padre en mitad del pecho y de dejarlo muerto allí mismo, la habría empuñado sin vacilar. Tales eran los extremos de exaltación que el señor Ramsay era capaz de provocar con su mera presencia en el ánimo de sus hijos, cuando, como ahora, se quedaba ahí de pie, tan estrecho y afilado que parecía la hoja de un cortaplumas, sonriendo con mueca sarcástica, complaciéndose no sólo en desilusionar a su hijo y dejar en ridículo a su mujer —diez mil veces superior a él en todo, según James—, sino también, con

secreta jactancia, en la rectitud de sus propias convicciones. Todo cuanto decía era artículo de fe. Siempre artículo de fe. Era incapaz de equivocarse. Jamás tergiversó un hecho ni atemperó una palabra desagradable para proporcionar gusto o provecho a ser humano alguno, y menos que a nadie a sus propios hijos, que, carne de su carne como eran, tenían que saber desde la niñez que la vida es dura, que los hechos no admiten componendas y que el tránsito por este valle de lágrimas donde se desvanecen nuestras más luminosas esperanzas y nuestras frágiles barquillas se van a pique en la oscuridad (y al llegar aquí podía el señor Ramsay adoptar una postura erguida y mirar a lo lejos entornando los ojillos azules) requiere, sobre todas las cosas, valentía, sinceridad y capacidad de supervivencia.

—Pero puede que haga bueno; yo creo que hará bueno —dijo la señora Ramsay, empezando a menguar, con gesto nervioso, en el calcetín marrón rojizo que estaba tejiendo.

En caso de que lo acabara esa noche y de que fueran por fin al Faro, se lo llevaría al torrero para su hijo, que tenía tuberculosis de cadera, junto con un montón de revistas atrasadas, algo de tabaco y todo lo que pudiera encontrar tirado por la casa y que no sirviera más que de estorbo, por llevarle algo a esa pobre gente que se debía aburrir de muerte, todo el día allí sin nada que hacer más que sacarle brillo a la lámpara del faro, ajustarle la mecha y rastrillar aquella birria de jardín, algo para que se entretuvieran un poco. «¿Quién podría aguantar —se preguntaba— vivir encerrado durante un mes entero, o incluso más en tiempo de borrasca, en un promontorio del tamaño de un campo de tenis? Y no recibir cartas, ni periódicos ni visitas, y si eres casado no ver a tu mujer ni

tener idea de cómo andan tus hijos, no saber si están enfermos, si se han caído y han podido romperse un brazo o una pierna, no ver otra cosa que las mismas olas monótonas de siempre rompiendo una semana tras otra, y una horrible tormenta que se avecina, y las ventanas salpicadas de espuma y los pájaros estrellándose contra la lámpara y todo el promontorio sacudido, sin que te atrevas a asomarte fuera por miedo a que te barran los embates del mar». «¿Quién aguantaría una vida así? —preguntaba, dirigiéndose especialmente a sus hijas—. Por eso mismo —añadía luego en otro tono— tenemos que llevarles todo el consuelo que podamos».

—Va a soplar viento del oeste —dijo Tansley, el ateo, manteniendo abierta la mano contra el viento y dejándolo pasar por entre sus dedos huesudos, mientras acompañaba al señor Ramsay en su paseo vespertino, arriba y abajo por la terraza.

Lo cual era tanto como decir que, para un desembarco en el Faro, el viento no podía venir de lado peor. Sí, la señora Ramsay tenía que reconocer que siempre estaba diciendo cosas desagradables, y que era odioso por su parte insistir en aquello, contribuyendo a acentuar más todavía la decepción de James; pero, con todo, no le gustaba que se metieran con él o con sus hijos, quienes le habían puesto el mote de «el ateo» o «el ateílo». Rose se burlaba de él; Prue se burlaba de él; se burlaban de él Andrew, Jasper y Roger; y hasta el viejo Badger, a quien no quedaba ni un solo colmillo, se había tirado a morderlo una vez —según la versión de Nancy— por ser el enésimo de aquellos chicos que los perseguían hasta las Hébridas, estropeándoles el placer de estar solos y en paz.

—¡No digas tonterías! —había replicado la señora Ramsay en tono severo.

Aparte de la tendencia a exagerar, que había heredado de ella, y de la objeción (totalmente cierta) de que invitaba a demasiada gente, tanta que luego a muchos se veía obligada a buscarles alojamiento en el pueblo, no podía soportar que sus hijos trataran con descortesía a sus invitados, y menos cuando se trataba de jóvenes más pobres que las ratas que venían a pasar un fin de semana; «esos chicos de tanto mérito», como decía su marido, a quien admiraban incondicionalmente. La verdad es que ella sentía debilidad por el sexo fuerte en su totalidad y tendía a ser protectora con él, por razones que nunca acertó a explicarse del todo; tal vez a causa de su caballerosidad y valentía, porque negociaban tratados, gobernaban la India y controlaban las finanzas, o también puede que por aquella manera especial que tenían de dirigirse a ella y que ninguna mujer podía dejar de captar y recibir con placer, un trato mezcla de confianza, ingenuidad y respeto, que, viniendo como venía de chicos jóvenes, una mujer de cierta edad podía aceptar sin el menor desdoro de su dignidad; y pobre de la muchacha (y ojalá que sus hijas no llegaran a contarse nunca entre ellas) incapaz de dejarse empapar hasta la médula por esa sensación y de apreciarla en lo que vale y significa.

Se había revuelto contra Nancy. Tansley era un invitado suyo, no un perseguidor.

«Por dónde saldrán estas chicas mías —suspiró—, algún camino tendrán que encontrar, alguna fórmula de vida más sencilla, menos enrevesada». Cuando se miraba al espejo y se veía a sí misma con cincuenta años, el pelo gris y las mejillas hundidas, a veces pensaba que probablemente hubiera podido llevar mejor las cosas: el dinero, los libros de su marido y a su

marido mismo. Pero, por su parte, nunca sería capaz de arrepentirse de sus decisiones, escurrir el bulto de las dificultades o esquivar el cumplimiento del deber. Ofrecía ahora un aspecto imponente para quienes la contemplaban, y sólo en el silencio que siguió a los reproches formulados a propósito de Charles Tansley fueron capaces sus hijas —Prue, Nancy y Rose— de levantar la mirada de sus respectivos platos y seguir haciendo alarde de aquellas ideas tan poco ortodoxas sobre la vida que andaban siempre rumiando, tan diferentes de las suyas; soñaban con una vida desenfadada, tal vez en París, sin tener que andarse ocupando de este hombre o del de más allá; albergaban en sus mentes un sordo recelo hacia todo lo que tuviera que ver con la caballerosidad, la deferencia, el Banco de Inglaterra, el Imperio de la India, los dedos ensortijados y los encajes, aunque en todo ello atisbaran un cierto elemento esencial de belleza que hacía surgir la virilidad contenida en sus corazones de muchacha, algo que las impulsaba, sentadas allí a la mesa bajo la mirada de su madre, a respetar la exquisitez de sus maneras, su rara seriedad, como la de una reina que se digna agacharse para lavar el pie sucio de barro de un mendigo, y a prestarle atención cuando las reprendía de forma tan severa por culpa de ese desgraciado ateo que los perseguía cuando iban a la isla de Skye; o que había sido invitado a acompañarlos, para hablar con propiedad.

—Mañana será imposible desembarcar en el Faro —dijo Charles Tansley, batiendo palmas, en pie junto a la ventana, al lado del señor Ramsay. La verdad es que ya estaba bien. La señora Ramsay deseó que siguieran hablando los dos y la dejaran sola con James. Miró a Tansley; los chicos decían que era un desecho de la raza humana, que parecía que estaba hecho

de hoyos y jorobas. Tan encogido y escurridizo, y no sabía jugar al críquet; resoplaba; jadeaba. Un animal sarcástico, decía Andrew. Se veía bien que lo que más le gustaba era pasarse el día paseando de acá para allá con el señor Ramsay, diciéndole quién había ganado este premio o el otro, quién era el as de la versificación latina, quién era «brillante, pero a mi parecer sin consistencia», a quien podía tenerse sin género de dudas por «el muchacho más dotado de Balliol», quién, aunque por ahora viese oscurecida su luz en Bristol o en Bedford, no tardaría en dar que hablar, en cuanto publicase aquellos prolegómenos a la filosofía o a cierta rama de las matemáticas, de los cuales, por cierto, Tansley tenía los primeros capítulos en el bolsillo. ¿Los quería leer el señor Ramsay? Y de eso hablaban en aquel momento.

La propia señora Ramsay no había podido contener la risa algunas veces. El otro día, por ejemplo, cuando ella estaba hablando de las olas «altas como montañas», Charles Tansley asintió diciendo que sí, que «el mar estaba un poco bravo». «¿Y no se ha calado usted hasta los huesos?», le preguntó ella. «Sólo estoy húmedo, no mojado», dijo Tansley, al tiempo que se retorció la manga y se palpaba los calcetines.

Pero los chicos decían que, a pesar de todo, no eran ni su cara ni sus modales lo que más les molestaba. Era él mismo, sus puntos de vista. Siempre que estaban hablando de algo interesante, ya fuera de gente, de música, de historia o de cualquier cosa, incluso simplemente de que hacía buena tarde para salir a sentarse fuera, lo que más les molestaba de Charles Tansley era que no se quedaba tranquilo hasta que no daba la vuelta a todos los argumentos para quedar él encima y hundir a los demás, aquella manera corrosiva que tenía de sacarle pun-

ta a todo, de quitarle la piel, de desustanciarlo. Si iba, por ejemplo, a una exposición de pintura, decían los chicos que todo lo que podía preguntar era «¿Os gusta mi corbata?». «Y no nos gusta nada, bien lo sabe Dios», comentaba Rose.

Sólo empezar a levantar los manteles de la comida, y ya los ocho hijos de los señores Ramsay estaban escapándose furtivos como gamos a buscar cobijo en sus respectivos cuartos, su única fortaleza en una casa que no ofrecía otra posibilidad de aislarse en la intimidad y poder hablar de todo lo divino y lo humano: de la corbata de Tansley; del voto de la Reform Bill; de pájaros marinos y mariposas, de la gente; mientras que en aquellas habitaciones de la buhardilla, separadas unas de otras por un tabique, de tal manera que se podían oír distintamente todos los pasos y el llanto de la criada suiza a quien se le estaba muriendo el padre de cáncer en un valle de los Grisones, el sol entraba a raudales e iluminaba con sus rayos palos de críquet, ropas de franela, sombreros de paja, tinteros, botes de pintura, escarabajos y pequeños esqueletos de pájaros, al tiempo que extraía un olor a sal y a hierba seca de la fila de onduladas algas que colgaban de una pared, un olor que impregnaba también las toallas de baño, ásperas de arena.

Riñas, discusiones, divergencias de opinión, prejuicios que llevaban en la masa de la sangre. Qué pronto habían empezado sus hijos con todo aquello —se lamentaba la señora Ramsay—; qué arraigado tenían el sentido crítico. Y cuántas tonterías decían. Salió del comedor llevando de la mano a James, que no quería ir con los demás. Le parecía tan tonto que anduvieran inventando diferencias, cuando, sin necesidad de eso, bien sabe Dios lo sobradamente diferente que es la gente de por sí. «Demasiadas diferencias hay ya, demasiadas», se

decía parada junto a la ventana del salón. Y le pasaban por la cabeza en aquel momento ricos y pobres, humildes y encumbrados; los de noble cuna, aun en contra de su voluntad, merecían para ella un respeto especial por consideración a su nacimiento, pues no en vano llevaba en las venas sangre de aquella familia italiana noble y un tanto mítica, cuyos vástagos femeninos, desperdigados por decimonónicos salones ingleses, habían ceceado de forma tan seductora y se habían apasionado tan salvajemente. Toda la agudeza y el porte y el temperamento le venían de aquellas antepasadas y no de los ingleses flemáticos ni de los fríos escoceses; pero rumiaba con mayor ahínco la cuestión de los ricos y los pobres, recordando las cosas que veía con sus propios ojos, todas las semanas, todos los días, cuando, con su bolso al brazo, aquí o en Londres, iba a visitar personalmente a una pobre viuda o a una esforzada esposa, cuando sacaba lápiz y cuaderno e iba apuntando en columnas, cuidadosamente dispuestas al respecto, gastos y salarios, gente empleada y gente sin trabajo, alimentando la esperanza de desmentir así su condición de mujer para quien la caridad es un pretexto mediante el cual justificar su indignación, un desahogo a su curiosidad, la esperanza de llegar a convertirse en lo que su mente inexperta más admiraba: un investigador lúcido de los problemas sociales.

Las cuestiones que meditaba, allí de pie, con James agarrado de su mano, le parecían insolubles. Aquel joven Tansley del que tanto se burlaban todos la había seguido al salón, no necesitaba mirar en torno suyo para comprobarlo; estaba de pie detrás de la mesa, dándole vueltas a algo entre los dedos, violento, sintiéndose excluido. Se había ido todo el mundo; los chicos, Minta Doyle y Paul Ramsay; Augustos Carmi-

chael, su marido; todos se habían ido. Se volvió con un suspiro y dijo:

—Tansley, ¿le importaría a usted acompañarme?

Tenía que ir al pueblo a hacer una diligencia enojosa; tenía que escribir un par de cartas; subía a ponerse el sombrero y en diez minutos estaba lista. Y a los diez minutos estaba lista y reaparecía con su bolso y su sombrilla, como dispuesta a emprender una excursión que tuvo que interrumpir, con todo, unos momentos cuando, al pasar por el campo de tenis, se detuvo a preguntarle si quería algo al señor Carmichael, que estaba tomando el sol, entrecerrados sus ojos amarillos de gato, porque como los de los gatos parecían reflejar el movimiento de las ramas o el paso de las nubes, pero sin dar nunca el menor indicio de sus pensamientos íntimos o de cualquier otro tipo de emoción.

Se iban de excursión al pueblo, le dijo riendo, de pie junto a él. ¿Necesitaba sellos, tabaco, papel de escribir?, le sugirió. Pero no, no necesitaba nada. Con las manos cruzadas sobre su voluminosa panza, guiñaba los ojos como si hiciera un esfuerzo por contestar amablemente a sus ofrecimientos (estaba seductora, aunque un poco nerviosa) y no fue capaz de hacerlo, sumido como estaba en una somnolencia gris verdosa, en aquel vasto, benévolo y acogedor letargo que no necesitaba de palabras para abarcarlos a todos dentro de él, a la casa, a la gente que vivía en ella, al mundo entero, porque —según decían los chicos— a la hora de comer se echaba en el vaso unas gotas de no sé qué, a las que había que achacar también aquel reguero de color amarillo canario en la barba y el bigote, blancos como la leche, por lo demás. No quería nada, murmuró.

«Podía haber llegado a ser un gran filósofo —comentó la señora Ramsay, según se encaminaban hacia el pueblecito de pescadores—, de no haber sido por aquella desdichada boda». Manteniendo muy tiesa la sombrilla abierta y un indescriptible aire de expectativa al caminar, como si fuera a encontrarse con alguien a la vuelta de la esquina, fue contando la historia: un asunto con una chica en Oxford, una boda prematura, escasez de recursos, un viaje a la India, traducciones de poemitas, «lo hacía muy bien, creo», tentativas como profesor de hindú y de persa, pero, ¿para qué?, para acabar tirado en el césped, como lo acababan de ver.

Charles Tansley se sentía halagado por las confidencias de la señora Ramsay; le compensaban de tantos desaires, se sentía revivir. Como aludía, además, a la superioridad de la inteligencia masculina, incluso en su decadencia, y al respeto que las mujeres deben sentir por el trabajo de sus maridos —no es que ella tuviera nada contra aquella chica, hasta puede que hubieran sido bastante felices—, todo aquello lo hacía sentirse tan a gusto como pocas veces en su vida, y le hubiera encantado tomar un taxi, por ejemplo, para poder pagar él. O llevarle el bolso a la señora Ramsay, ¿quería que se lo llevara? Dijo que no, que tenía costumbre de llevarlo ella siempre, lo cual era verdad. Sí, Tansley lo notaba. Notaba muchas cosas, una, en especial, que lo hacía sentirse excitado y turbado sin acertar a explicarse la razón. Le hubiera gustado que pudiera verlo vestido de toga y muceta en algún cortejo universitario; una plaza de profesor, una cátedra; se sentía capaz de cualquier cosa y se veía a sí mismo... ¿Pero a qué estaba atendiendo ella ahora? A un hombre que pegaba un cartel. El pliego amplio y ondulante se iba desenrollando y

a cada golpe de cepillo aparecían nuevas piernas, aros, caballos, rojos y azules relucientes, todo bien alisado, hasta que media pared quedó cubierta con el anuncio de un circo; cien caballistas, veinte focas amaestradas, leones, tigres. Estirando el cuello, porque era corta de vista, alcanzó a leer «Próximamente en esta ciudad». «Qué faena tan peligrosa para un manco —exclamó— mantenerse así en equilibrio en lo alto de una escalera». Una máquina cosechadora se le había llevado el brazo izquierdo hacía dos años.

—¡Tenemos que ir! —exclamó reemprendiendo su camino, como si todos aquellos caballos y jinetes la hubieran llenado de una infantil exultación y le hubieran hecho olvidar su piedad.

—Sí, tenemos que ir —dijo él repitiendo sus palabras con una falta de convicción tal que ella se quedó impresionada—. Tenemos que ir al circo.

No lo decía bien. No lo estaba sintiendo. ¿Pero por qué no?, se preguntaba la señora Ramsay. ¿Qué le pasaba? En aquel momento sentía por él una cálida simpatía. ¿Es que no lo habían llevado nunca al circo de pequeño?, preguntó. Y él le contestó que no, que nunca, como si fuera precisamente la pregunta que quería contestar, lo que estaba deseando contar todos aquellos días atrás, por qué no lo llevaban al circo. Su familia era numerosa, nueve hijos entre hermanos y hermanas, y su padre un hombre muy trabajador. «Es boticario, señora Ramsay, tiene una farmacia». Él se ganaba la vida desde los trece años, y muchas veces en invierno iba sin abrigo. Nunca podía «cumplir» (ésa fue su afectada expresión) con los amigos del colegio. Le tenían que durar las cosas el doble que a los demás, fumaba el ta-

baco más barato, de picadura, de ese que fuman los marineros viejos del puerto. Trabajaba de firme, siete horas diarias, el tema de su actual trabajo era la influencia de alguien sobre no sé quién; seguían andando y la señora Ramsay no podía captar bien el sentido de todo lo que le decía, sólo palabras sueltas, tesis..., cátedra..., lectorado..., conferencia. No podía seguir del todo la horrible jerga académica que emitía como un sonsonete con tanta elocuencia, pero se dijo que ahora comprendía por qué la idea de ir al circo le había alterado tanto, pobre hombre, y por qué había salido de pronto con todo aquello de su padre, de su madre y de sus hermanos; ya se encargaría ella de que nadie le volviera a tomar el pelo, se lo tenía que decir a Prue. Se imaginaba cuánto le hubiera gustado poder contar que había ido al teatro con los Ramsay a ver Ibsen. Era un pedante horrible, eso desde luego, y pesado como un plomo, porque, aunque ahora ya habían llegado al pueblo y estaban en la calle principal, con carretas que pasaban rechinando sobre los adoquines, él seguía hablando de convenios, de métodos de enseñanza, de solidaridad con la propia clase, de conferencias, hasta que se dio cuenta de que había vuelto a recobrar la confianza en sí mismo, había superado lo del circo (ella lo volvía a mirar ahora con simpatía) y estaba a punto de contarle... Pero al llegar aquí las casas de ambos lados habían desaparecido, habían desembocado en el muelle, toda la bahía se desplegaba ante sus ojos y la señora Ramsay no pudo menos de exclamar: «¡Qué maravilla!». Porque tenía delante el inmenso plato de agua azul, con el viejo faro en el medio, distante y austero, y a la derecha, hasta donde podía abarcar la vista, descendiendo y desdibujándose en suaves y

escotados pliegues, las verdes dunas arenosas coronadas de hierba salvaje, ondulante, que parecía siempre escapando hacia algún paraje lunar, no hollado por la planta del hombre.

Aquél era el paisaje que más le gustaba a su marido, dijo, deteniéndose, al tiempo que el tono gris de sus ojos se intensificaba.

Se quedó inmóvil unos instantes. Pero ahora —dijo— aquello se había llenado de artistas. Y era verdad, allí mismo, a pocos pasos, había uno, con su jipijapa y sus botas amarillas, en un silencio serio y absorto, con un gesto de profunda complacencia en el rostro colorado y redondo a pesar de que lo estaban mirando diez chiquillos; miraba a lo lejos y, después de haber mirado bien, introducía la punta del pincel en un blando montículo de gris o de rosa. Desde que vino por aquí el señor Paunceforte, hacía tres años, todos los cuadros eran iguales —dijo— en gris y verde, con barcos de vela amarillo limón y mujeres de color rosa en la playa.

A los amigos de su abuela —dijo, lanzando una mirada discreta, al pasar— les costaba mucho más trabajo; para empezar tenían que preparar ellos mismos la mezcla de los colores, luego los trituraban y los cubrían con una tela húmeda para que se conservaran frescos.

«Entonces, quería decir —aventuró Tansley— que el cuadro de aquel hombre era un poco chapucero, ¿no se decía así?, y que los colores que empleaba no eran sólidos, ¿se decía así?». Embargado por la extraordinaria emoción que había ido creciendo en su interior a lo largo de todo el paseo, que se había iniciado en el jardín cuando quiso llevarle el bolso y que se acentuó al llegar al pueblo cuando quiso contarle cosas de su vida, empezaba a parecerle que la visión que tenía

de sí mismo y de todo cuanto había conocido sufría una pequeña transformación. Era una impresión muy rara.

Se quedó esperándola en un cuarto de aquella cochambrosa y pequeña vivienda adonde lo había llevado, mientras ella visitaba a una mujer en el piso de arriba. Oía encima de su cabeza los pasos ligeros de ella; oía su voz primero animosa y luego apagada; miraba los pañitos, las latas de té, las tulipas; la esperaba con bastante impaciencia, pensando ilusionado en la vuelta a casa, dispuesto a llevarle el bolso; la oyó salir, cerrar una puerta, decir que debían dejar siempre abiertas las ventanas y cerradas las puertas, que pidieran cualquier cosa que necesitaran de su casa (parecía estarle hablando a un niño) y, cuando de repente entró, permaneció unos instantes en silencio (como si hubiera estado representando una función arriba y ahora se permitiera volver a ser ella misma) y se quedó inmóvil ante un retrato de la reina Victoria con la cinta azul de la Jarretera; él se dio cuenta súbitamente —eso era, claro, era eso— de que era la persona más guapa que había visto en toda su vida.

Con aquellas estrellas en los ojos y aquellas gasas en torno al cabello, entre ciclámenes y violetas silvestres —pero, ¿qué tonterías estaba pensando?, tenía cincuenta años por lo menos, y ocho hijos—, caminando a través de campos en flor, llevaba en los brazos ramilletes de capullos tronchados y cordeiros caídos, con estrellas en los ojos y brisa en los cabellos. Le cogió el bolso.

—Adiós, Elsie —dijo ella.

Y volvieron a salir a la calle, la señora Ramsay muy tiesa, con la sombrilla abierta, caminando como si esperara encontrar a alguien a la vuelta de la esquina, mientras Charles Tans-

ley, por primera vez en su vida, sintió un extraordinario orgullo; un hombre que estaba cavando una zanja interrumpió su trabajo y la miró, dejó caer los brazos y la miró; Charles Tansley se sintió lleno de orgullo; sintió la brisa y un olor a ciclámenes y a violetas, porque iba paseando con una mujer hermosa por primera vez en su vida. Y llevaba su bolso.

2

—No se podrá ir al Faro, James —dijo.

Estaba en pie junto a la ventana y hablaba atropelladamente, aunque, por consideración a la señora Ramsay, trataba de suavizar el tono de su voz para que pareciera, por lo menos, un poco simpática.

«Qué hombre tan pesado —pensó la señora Ramsay—, ¿otra vez con lo mismo?».

3

—A lo mejor mañana, cuando te despiertes, te encuentras con que luce el sol y cantan los pájaros —dijo ella compadecida, acariciando el pelo de su hijo pequeño; se veía que el comentario tajante del padre de que no iba a hacer bueno había significado un jarro de agua fría para él. Se daba cuenta de la

ilusión que le hacía aquella excursión al Faro, y por si no habían tenido bastante con el comentario cáustico del padre, asegurando que iba a hacer mal tiempo, ahora encima venía este hombre odioso a hurgar más en la herida.

—Verás como aún puede que amanezca despejado —dijo acariciando el pelo del niño.

De momento, lo único que podía hacer por él era admirar la nevera y volverle las páginas del «Stores», deseando que apareciese otra figura entretenida de recortar, una segadora o un rastrillo por ejemplo, con todas esas púas y mangos que exigen un especial cuidado para contornearlos con las tijeras. Pensaba que muchos de aquellos jóvenes eran como parodias de su marido; si él decía que iba a llover, ellos, que iba a caer un verdadero diluvio.

Pero al llegar a este punto, la búsqueda de esa estampa de un rastrillo o una segadora quedó interrumpida de súbito, según pasaba la página. Aquel sordo murmullo, quebrado a intervalos por un meter y sacar de pipas, que venían manteniéndola en la certeza de que los hombres seguían conversando tranquilamente (aunque desde la ventana donde estaba sentada no pudiera entender bien lo que decían); ese rumor que llevaba media hora buscando acomodo pacíficamente entre la escala de ruidos que oprimían sus sienes, como el de las pelotas rebotando contra los palos de críquet y el agudo grito repentino acá y allá —«¡a ver!, ¡venga!»— de los niños que jugaban, había cesado; y ahora tronaba cavernoso aquel monótono romper de las olas en la playa que casi siempre imprimía un acompasado y sedante tamborileo a sus pensamientos, repitiendo una y otra vez para consolarla, mientras estaba allí sentada con su hijo, palabras de una vieja canción de cuna

susurrada por la Naturaleza —«Estoy velando por ti, soy tu apoyo»—, pero que otras veces inesperada y repentinamente, sobre todo cuando su mente se desligaba de la tarea que se traía entre manos, no tenía un significado tan amable, sino que, como un espectral redoble de tambores marcando inexorablemente el plazo de la vida, hacía pensar en la destrucción de la isla engullida por el mar y a ella —que había consumido el día en un quehacer detrás de otro— venía a avisarla de que todo es efímero como el arco iris; ese ruido que había estado oscurecido y camuflado debajo de los demás, de repente tronaba cavernoso en sus oídos y le hacía levantar la vista, con un sobresalto de terror.

Habían dejado de hablar; ésa era la explicación. Y pasando en un segundo de la tensión que había hecho presa en ella al extremo opuesto que, como para compensarla de aquella inútil descarga emocional, era un estado de ánimo tranquilo, divertido e incluso levemente malicioso, vino a deducir que Charles Tansley había sido dejado de lado. No le importó. Si su marido necesitaba holocaustos (y de hecho solía necesitarlos), ella de muy buen grado inmolaba a Charles Tansley, que había ofendido a su hijo.

Unos minutos más tarde, con la cabeza erguida, como alerta a algún rumor familiar, percibió un ruido regular y maquinal, algo rítmico, mitad dicho mitad cantado, que venía del jardín, mientras su marido paseaba de un lado a otro de la terraza, y, al escuchar aquella mezcla de graznido y canción, se tranquilizó nuevamente, se sintió otra vez segura de que las cosas iban bien, y bajando los ojos al libro que tenía en las rodillas descubrió la estampa de una navaja de seis hojas, que sólo si James ponía mucho cuidado sería capaz de recortar bien.

De improviso, un grito agudo, como de sonámbulo que pugna por despertarse, algo así como «¡Al asalto con pólvora y granadas!», resonó en su oído con la máxima intensidad y la hizo volverse con aprensión para comprobar si alguien lo había oído. Sólo Lily Briscoe: se alegró, no importaba que ella lo oyera. Pero la visión de aquella chica que estaba allí pintando, de pie, en el extremo del prado, le refrescó la memoria; tenía que conservar la cabeza en la misma postura todo el rato que pudiera para el cuadro de Lily. La señora Ramsay sonrió. ¡El cuadro de Lily! Con sus ojillos de china y aquella cara fruncida, era difícil que se llegara a casar; pero, aunque su pintura no mereciera ser tomada demasiado en serio, Lily era una criatura independiente, y por eso le gustaba a la señora Ramsay, así que, acordándose de su promesa, inclinó la cabeza.

4

La verdad es que había estado a punto de derribarle el cabellete, al llegar corriendo hacia ella agitando las manos y gritando: «Cabalgamos intrépidamente». Por fortuna, luego dio media vuelta y siguió su galope para ir a morir gloriosamente —suponía ella— a las cumbres de Balaclava. No había nadie tan ridículo y a la vez tan peligroso. Pero mientras no hiciera más que eso, agitarse y gritar, menos mal; así no se paraba a contemplar su cuadro, que es lo que Lily Briscoe no hubiera podido soportar. Incluso cuando estaba atenta a los bultos, las líneas y los colores o a la señora Ramsay sentada en la venta-

na con James, mantenía una antena conectada con el entorno por miedo a que alguien pudiera acercarse sigilosamente y aparecer de repente allí detrás, mirando su cuadro. Así que ahora, con todos los sentidos despiertos, como los tenía, mirando tan intensamente que el color de la pared con las buganvillas al fondo se le quedaba grabado al fuego en los ojos, se daba cuenta de que alguien salía de la casa y venía hacia ella; pero, al adivinar por las pisadas que era William Bankes, aunque le tembló el pincel, no le dio la vuelta al lienzo sobre la hierba, como habría hecho si se tratara de Tansley, Paul Rayley, Minta Doyle o de cualquier otra persona, sino que lo dejó como estaba. William Bankes se detuvo a su lado.

Tenían alquiladas habitaciones en el pueblo, así que al entrar, al salir o al despedirse ya tarde en el quicio de sus puertas habían hablado de banalidades, de la sopa, de los niños, de todo un poco, y eso había creado entre ellos cierta alianza; de manera que cuando se paró allí tan formal (además, podía ser su padre, un botánico viudo, tan limpio y escrupuloso, con aquel olor a jabón) ella no se movió. Tampoco él se movía; miraba los zapatos de Lily y pensaba que estaban muy bien hechos, que permitían a los dedos su natural expansión. Como vivían en la misma casa, también había podido darse cuenta de lo ordenada que era; siempre se levantaba antes del desayuno y enseguida se iba por ahí sola, creía él que a pintar; seguramente era pobre y desde luego no tenía la tez ni los encantos de la señorita Doyle, pero sí un sentido común que la hacía, a sus ojos, muy superior a aquella señorita. Ahora, por ejemplo, cuando el señor Ramsay se había precipitado gritando y gesticulando hacia ellos, estaba seguro de que la señorita Briscoe lo había entendido. Alguien había cometido un error.